

CAPÍTULO UNO  
LA ENCRUCIJADA DEL DESTINO

*La encrucijada. Dos informes.— El horror del avance alemán.— Quincena Negra.— Problemas del estado de ánimo británico.— Desconfianza de Churchill.— Opiniones y sentimientos.— “Calma exterior, angustia interior”.*

**E**ste libro intenta reconstruir la historia de cinco días que hubiesen podido cambiar el mundo. Londres fue el telón de fondo, y esos cinco días abarcan desde el viernes 24 hasta el martes 28 de mayo de 1940. En ningún otro momento, y en ningún otro lugar, estuvo Hitler tan cerca de obtener la victoria en la Segunda Guerra Mundial, su guerra.

Una persona que sí fue consciente de hasta qué punto tuvo Hitler el as en la manga fue Winston Churchill. Al cuarto volumen de sus *Memorias de Guerra*, redactadas en los años posteriores al término de la contienda, lo tituló “La encrucijada del destino”. En él afronta el año 1942, marcado en sus postrimerías por la retirada de los alemanes en numerosos frentes de batalla. En noviembre de 1942, Churchill comunicó a los británicos que aún no podía hablarse del comienzo del fin, sino tal vez del fin del comienzo. En noviembre de 1942 la encrucijada del destino empezó a resolverse en los campos de batalla de Egipto, África y Rusia, escenarios del giro bélico. Ni siquiera entonces hubiese podido Inglaterra acariciar

la victoria. El honor final correspondería a Estados Unidos y a Rusia. Pero en mayo de 1940 fue Churchill quien no *perdió* la guerra. En ese momento y en ese lugar, la salvación de Inglaterra, de Europa, de la civilización occidental hubiese sido inconcebible sin él. Sobre *esa* encrucijada del destino, sus *Memorias de Guerra* —y esencialmente su *Historia de la Segunda Guerra Mundial*— guardan, sin embargo, un espeso silencio.

En la historia de los estados y de los pueblos, un giro se presenta a menudo bajo la forma de una batalla o una fase revolucionaria; para ser más preciso, como una repentina alteración de los acontecimientos y los episodios de una batalla o una revolución. Un giro no tiene nada que ver con un hito; los hitos son algo cuantificable, previsible, lineal, secuencial. Un giro puede suceder en la mente de una persona; puede significar un cambio de orientación; sus secuelas son múltiples e impredecibles, secuelas que en la mayor parte de los casos sólo retrospectivamente adquieren relieve. Un giro puede en ocasiones predecirse, pero no con certeza. En este caso ese momento se produjo a últimas horas del martes 28 de mayo. Fue la solución a un conflicto del que, en ese momento, Churchill había salido vencedor. Dijo que Inglaterra seguiría luchando, pasase lo que pasase. *Pasase lo que pasase*: descartando cualquier tipo de negociación con Hitler. He aquí la reproducción de lo ocurrido en sus propias palabras:

Era martes, 28 de mayo, y yo había retrasado mi comparecencia ante el Parlamento hasta ese día. Nada había que ganar de una nueva declaración en ese intervalo, ni tampoco expresaron los miembros ningún deseo de que tal declaración se produjese. Pero todos comprendieron que la suerte de nuestro ejército, y quizás muchas más cosas,

iban a decidirse en ese momento. “El Parlamento –dije– debe prepararse para recibir duras y terribles noticias. Sólo puedo añadir que nada de cuanto pueda ocurrir en esta batalla nos exonera de seguir defendiendo la causa a la que nos hemos comprometido; ni podrá destruir la confianza en nuestra fuerza para labrarnos el camino, a través de catástrofes y dolor, hasta la derrota final de nuestros enemigos”. Desde la conformación del gobierno, no había visto a muchos de mis colegas fuera del Gabinete de Guerra, salvo a título individual, y me pareció adecuado celebrar una reunión en mi despacho de la Cámara de los Comunes con todos los ministros salvo los miembros del Gabinete de Guerra. Había quizá veinticinco personas alrededor de la mesa. Expliqué el curso de los acontecimientos, y les describí en pocas palabras dónde estábamos y todo lo que estaba en juego. Después dejé caer, como si no fuese una cuestión de especial relevancia: “Por supuesto, pase lo que pase en Dunquerque, seguiremos luchando”.

La reacción a mis palabras, teniendo en cuenta el carácter de la reunión –veinticinco políticos y parlamentarios experimentados que representaban los diferentes puntos de vista, correctos o erróneos, antes de la guerra– no dejó de sorprenderme. Un buen número brincó de las sillas que ocupaban y se acercaron hacia mí, exultantes y palmeándose en la espalda. No hay duda de que si en esa coyuntura hubiese dado alguna muestra de vacilación en el gobierno de la nación, me hubiesen arrojado del puesto a patadas. Tuve la certeza de que todos los ministros estaban dispuestos a morir de inmediato, o a soportar mejor la destrucción de sus familias y sus posesiones, antes que rendirse. Esa actitud representaba a la Cámara de los Comunes y al pue-

blo en general. Recayó en mí, durante los días y meses posteriores, expresar esos sentimientos en los momentos adecuados. Pude hacerlo, porque también yo los compartía. Un blanco resplandor, sobrecogedor, sublime, se expandía de extremo a extremo de nuestra isla.<sup>1</sup>

Un fragmento inspirado: churchiliano, imaginativo, descriptivo, vigoroso. No carente de veracidad. Hay en él, además, un vislumbre de la que fue quizá la mejor virtud de Churchill, su magnanimidad: cuando sugiere que su indomable voluntad de aceptar la muerte, si era preciso, es sólo la representación de la voluntad de otros.<sup>2</sup> Pero lo que falta es significativo. Aquí, y de hecho en todos los largos capítulos de *Their Finest Hour*, Churchill evitó escribir sobre los cuatro días anteriores, durante los cuales tuvo que emplearse para hacer oír su voz en el Gabinete de Guerra. Deliberadamente preparó esta reunión extraordinaria del Gabinete Externo en el que, como sabía, contaba con el apoyo de personas potencialmente muy ruidosas y numerosas. Además, lo que dijo entonces *no* fue dicho “como si no fuese una cuestión de especial relevancia”.

Existe una descripción más completa de esta reunión en las memorias y el diario de Hugh Dalton. No difiere en sustancia del tono de Churchill. Dalton admiraba a Churchill (“Es magnífico. El hombre, el único hombre, que tenemos para este momento”). Pero algunas de las informaciones merecen consideración. “Estaba decidido” –dijo Dalton de Churchill– “a preparar a la opinión pública para escuchar malas noticias, y a decir, por supuesto con cierto grado de veracidad, que cuanto estaba a punto de ocurrir en el norte de Francia iba a ser la mayor derrota militar británica de todos los tiempos”. Churchill, recuerda Dalton, afirmó:

“He analizado cuidadosamente durante estos días si era mi deber entrar en negociaciones con Ese Hombre”.<sup>3</sup>

Era ocioso pensar que, si intentábamos negociar la paz ahora, obtendríamos mejores condiciones de Alemania que si continuábamos adelante y luchábamos. Los alemanes pedirían nuestra flota –a lo que llamarían “desarme”–, nuestras bases navales, y muchas otras cosas. Nos convertiríamos en un país esclavo, y se formaría un gobierno marioneta de Hitler –“dirigido por Mosley o alguien de la misma calaña”–. ¿Y dónde estaríamos al final? Por otra parte, teníamos inmensas reservas y ventajas. Por eso, dijo: “Seguiremos adelante y lucharemos, aquí o en cualquier otro lugar, y si al fin nuestra larga historia está condenada a terminar, es mejor que termine no con una rendición, sino con nuestra muerte sobre el campo de batalla”.<sup>4</sup> Hubo un murmullo de admiración alrededor de la mesa, donde Amery, Lord Lloyd y yo [Dalton] fuimos los más ruidosos. No hubo muchas más palabras. Nadie expresó la menor sombra de desacuerdo... Es obvio que mientras que el Viejo Paraguas<sup>5</sup> –ni él ni otros miembros de su Gabinete de Guerra estaban presentes en esta reunión– estaba deseando echar a correr, la actitud de Winston era exactamente la contraria.

Dieciocho días antes, el 10 de mayo de 1940, Churchill se había convertido en Primer Ministro. A últimas horas de esa tarde fue conducido desde Buckingham Palace hasta el Almirantazgo, donde residía por entonces. Iba sentado tras el conductor junto al inspector W.H. Thompson, su guardaespaldas. Churchill guardaba silencio. Thompson consideró adecuado felicitar a Churchill, y le dijo: “Ojalá hubiese obtenido usted el cargo en mejores cir-

cunstances, pues tiene por delante una tarea enorme”. Brota-ron lágrimas en los ojos de Churchill. Le dijo a Thompson: “Sólo Dios sabe cuán grande es la tarea. Confío en que no sea demasiado tarde. Temo mucho que ya lo es. Sólo nos queda dar lo mejor de nosotros mismos”.<sup>6</sup> A lo largo de los catorce días siguientes, se sucedieron los desastres. Me siento obligado a empezar por recapitarlos, antes de volver a los cinco días en Londres.



“Confío en que no sea demasiado tarde. Temo mucho que ya lo es”. Obsérvese que estas palabras de Churchill fueron dichas en un momento de triunfo personal, y fueron pronunciadas antes de que la batalla en Europa occidental se extendiese. Pero Churchill nunca había menospreciado a Hitler. Lo que incluso él ignoraba era que en la quincena siguiente tendrían lugar los mayores triunfos de Hitler: inimaginables, irresistibles, quizá definitivos.

Casi sesenta años después de estos acontecimientos, en las postrimerías del siglo XX, la percepción generalizada es: Hitler fue un fanático, un dictador, inició una guerra y se ganó la enemistad de todo el mundo, una guerra que estaba condenado a perder. Hay cierta verdad en este punto de vista, pero es incompleto. Sus carencias pueden resumirse en unas pocas palabras: *no* estaba condenado a perderla. Hitler encabezó una poderosa tendencia en las relaciones internacionales del siglo XX. La fuerza de esta tendencia procedía de la energía, la disciplina, la confianza, la obediencia y la vitalidad del pueblo alemán, al que consiguió aunar mucho más que ningún otro líder en toda la historia de Alemania. Pudo confiar en un ejército nacional cuyas hazañas resultaron escalofrantes y asombraron al mundo. Además —más allá de Alemania y de la mentalidad de muchas personas— la auto-

ridad de Hitler, su régimen y sus ideas, representaron la encarnación de una nueva fuerza primaria, frente a las corrosivas alternativas de la democracia liberal y el comunismo “internacional”. Durante diez años la corriente creció, arrasando y propagándose sobre obstáculos que desaparecieron ante su espumeante poder. En mayo de 1940 no sólo parecía imparable: en muchos lugares, y de muchas formas, lo era.

Hitler se convirtió en Canciller de Alemania el 30 de enero de 1933. El significado de este hecho, por no hablar de su importancia, pasó en buena parte desapercibido. Prueba de ello son las informaciones y comentarios de prácticamente todos los principales periódicos del mundo.<sup>7</sup> Sus capacidades personales fueron subvaloradas, cuando no ridiculizadas. La élite de los políticos conservadores alemanes, que le ayudaron a conseguir su elección como canciller, pensó que sería capaz de mantenerlo bajo control. Ocurrió lo contrario. Hitler los convirtió en sus marionetas. Más relevante aún: pronto llegó a ser el líder más popular de la historia de Alemania, tal vez el pueblo más instruido del mundo. La amargura y la humillación que habían embargado a la mayor parte de los alemanes tras la derrota en la Primera Guerra Mundial desaparecieron; les sucedió una creciente oleada de autoconfianza nacional. Hitler logró hasta un grado sorprendente el respaldo de la gran mayoría de la población alemana.

Durante un tiempo, sus capacidades como hombre de Estado siguieron pasando desapercibidas. También esto cambiaría, y en muy poco tiempo. En tres años, su Tercer Reich alemán sustituyó a Francia como el principal poder en Europa, pese a las múltiples alianzas de Francia, y pese a que Hitler no tenía ningún aliado contractual. A pesar de la sucesión de tratados que restringían el desarrollo militar, político, económico y diplomático de Alemania, Hitler consiguió zafarse de esas presiones. Su presti-

gio –y no sólo entre su propia gente– no disminuyó, sino muy al contrario, fue en ascenso. Pronto los líderes de muchos Estados europeos empezaron a rendirle pleitesía, o al menos, a evitar la impresión de que podrían llegar a ser sus rivales. Mussolini juzgó conveniente ponerse al lado de este líder alemán que parecía el representante de tendencias futuras. Menos simple resultó la postura de los gobiernos británicos, del Partido Conservador británico y de muchos ingleses. Se mostraron inclinados a otorgar a esta nueva Alemania, al menos, el beneficio de la duda. Su política de temporización con Alemania tenía múltiples motivos. Desentrañaremos muchos de ellos posteriormente. Tales inclinaciones aparecen ya evidentes durante la primera cartera ministerial ocupada por Stanley Baldwin, pero su representante prototípico y principal impulsor fue Neville Chamberlain, que se convirtió en Primer Ministro en 1937. Por lo que se refiere a la política de temporización, su oponente más visceral y rotundo fue Winston Churchill, cuya reputación pública y política se encontraba probablemente en 1937 en la cota más baja de su larga carrera.

Fue en esos años cuando Adolf Hitler decidió planificar la imposición de su poder más allá de las fronteras de Alemania, transformando el mapa de Europa. Aún había quien pensaba que no tenía estatura como hombre de Estado. Pronto quedarían perplejos, o al menos sorprendidos. En noviembre de 1937, Hitler comunicó a sus generales que podían prepararse para la guerra, aun cuando la eventualidad de la misma no era inmediata, ya que tanto Inglaterra como Francia –que dependía de Inglaterra– probablemente habían renunciado a Austria y a Checoslovaquia. Este cálculo no era erróneo. Y así se puso de relieve una quincena después, cuando Chamberlain (ignorante, por supuesto, de los planes de Hitler) eligió a su confidente Lord Halifax para que viajase a Alemania en una visita de buena voluntad, que incluía de manera muy

notable un encuentro personal con Hitler. Halifax actuó, como solía, con cautela (en este caso, fue mucho más cauto que circunspecto), pero sugirió a Hitler que el gobierno británico no se opondría a Alemania en tanto Alemania obtuviese sus ambiciones sin recurrir a la guerra. En febrero de 1938, Anthony Eden dimitió como ministro de exteriores de Chamberlain; su lugar fue ocupado por Halifax. Churchill anotó en sus *Memorias de Guerra* que sufrió inmediatamente las consecuencias del cambio: él, un dormilón irreductible, pasó una larga noche de insomnio.<sup>8</sup>

El año de Hitler fue 1938. En marzo ocupó y se anexionó Austria sin necesidad de un solo disparo, en realidad acompañado por el entusiasmo del pueblo austriaco. Inmediatamente después dirigió su atención hacia Checoslovaquia, a la que consiguió escindir, añadiendo una vasta extensión del país, con millones de germanoparlantes, a su Reich alemán, y reduciendo el resto a un Estado semisatélite. Y ello pese a que, al contrario que Austria, Checoslovaquia tenía muchas alianzas militares: con la Rusia soviética y, más relevantes aún, con Francia, que en apariencia contaba con el apoyo de Inglaterra. En apariencia: pues aquí estaba el quid de la cuestión. Francia no declararía la guerra si no contaba con el apoyo de Inglaterra, e Inglaterra no estaba dispuesta a secundarla. La razón principal era la falta de preparación de Inglaterra —en el campo militar, por supuesto—; pero más allá de estos cálculos prácticos, estaba la falta de preparación de la gente, de la opinión pública británica, así como de los líderes de la Commonwealth, para otra guerra europea a causa de Checoslovaquia. Pero eso no era todo. Estaba además la estrategia de Chamberlain, no sólo en el sentido de retrasar sino también de evitar una confrontación con Hitler, a quien prefería otorgar el beneficio de la duda, incluso en una situación extrema. De ahí la conferencia de última hora en Múnich, con Checoslovaquia sometida y Cham-

berlain no sólo aliviado sino, al menos temporalmente, animado ante la perspectiva de un entendimiento anglo-alemán que podía entenderse como Paz Ahora. Churchill atacó a Chamberlain, pero sin éxito. En un gran discurso en la Cámara de los Comunes, Churchill declaró que todo esto era erróneo, que “hemos sufrido una derrota total y sin paliativos”. Su discurso fue vigoroso y profético, pero sólo si se analiza retrospectivamente. Excepto entre una pequeña y ansiosa minoría, la reputación y la influencia de Churchill aún se encontraban bajo mínimos; casi abjuraban de él sus propios votantes. A ello cabe añadir que en un importante aspecto Churchill se equivocaba. Hubiese sido desastroso para las democracias occidentales entrar en guerra en octubre de 1938.<sup>9</sup> Podía tener razón, desde el punto de vista moral; desde el punto de vista práctico, se equivocaba.

Hitler, a su vez, aparecía como el principal líder y hombre de Estado que habían tenido los alemanes en un millar de años, así como el más poderoso líder nacional europeo, quizá mundial. Pero no presentaba la estampa clásica de un hombre de Estado. Era implacable, acosado por una profunda impresión de que el tiempo jugaba en su contra. No se contentaba con digerir sus conquistas y consolidar sus triunfos. En marzo de 1939 cometió un grave error. Marchó sobre Praga, incorporando los rotos despojos de Checoslovaquia a su Gran Imperio Alemán. De esta forma rompió la palabra que había dado seis meses antes (“mi última demanda territorial”, etc.), así como la aseveración de su principio fundamental, el de la unión en un Reich de todos los pueblos alemanes, con la exclusión de los no germánicos, junto con el principio de la autodeterminación nacional (un principio que, por cierto, ya había proclamado Woodrow Wilson). El resultado fue una tardía pero instantánea modificación en la opinión pública británica. La postura inicial de Chamberlain fue aceptar lo inevi-

table, es decir, la ocupación de Checoslovaquia por parte de Hitler, el resultado final de un proceso que, después de todo, se había insinuado ya en Múnich. Pero la presión de la opinión pública y de la prensa era ahora excesiva. Ni siquiera el ministro de Exteriores de Chamberlain, Halifax, era ya favorable a contempori-zar con Hitler. La influencia de Halifax contribuyó considera-blemente al discurso de Chamberlain en Birmingham, tres días después de la entrada de Hitler en Praga. Fue, en efecto, una declaración del gobierno británico: “hasta aquí, y no más”. Una semana después de Praga, Hitler se apropió otra tajada del anti-guo territorio alemán en Lituania, y el aparato de propaganda alemán inició una campaña contra Polonia. En esta ocasión, el gobierno británico adelantó una garantía a Polonia, con el obje-tivo de disuadir a Hitler. No funcionó; pero en cualquier caso, incluso Chamberlain se sintió obligado a contemplar la pers-pectiva de una guerra. Y ahora la reputación de Churchill empe-zó a crecer. No era de los que aprovechan para recordar “Ya te lo dije”, pero en relación con Hitler sus intuiciones parecían haber sido correctas. Durante el verano de 1939 Chamberlain aún opta-ba por explorar algún tipo de componenda con Hitler. Pero las presiones y condiciones se habían vuelto ahora demasiado arduas para encontrarla. El día que Hitler invadió Polonia, Chamberlain invitó a Churchill a su gabinete, como primer Lord del Almiran-tazgo. Hasta el último momento Chamberlain se mostró reacio a declarar la guerra a Alemania. Pero hacia el 3 de septiembre no le quedaba otra alternativa.

Hitler confiaba en que esto no ocurriría. En esto se equivocaba. Pero no se equivocaba en intuir que Chamberlain y los bri-tánicos irían a la guerra sin voluntad; y en que, al margen de sus declaraciones de guerra, los británicos y los franceses se defen-derían en realidad poco o nada, salvo quizá en el mar. La idea

todavía aceptada de que, mientras los ejércitos alemanes estaban luchando en Polonia, una ofensiva terrestre aliada a través de la denominada Línea Sigfrido no sólo sería posible sino también decisiva, no tiene fundamento: no era posible porque no estaba planeada, y no estaba planeada porque no era posible. El resultado fueron ocho meses de lo que los periodistas norteamericanos denominaron la “Phoney War” (la Farsa de Guerra).

Durante el tiempo que duró esta farsa de guerra, la popularidad de Churchill aumentó, hasta el punto de que muchos se sintieron inclinados a perdonar sus errores. Dicha tendencia se exacerbó cuando Hitler invadió Dinamarca y Noruega a comienzos de abril de 1940 –tal vez la más audaz de sus iniciativas en el curso de la guerra–. La respuesta británica fue mezquina. La marina ni siquiera llegó a avistar a los alemanes; fue incapaz de impedir sus desembarcos a lo largo de la vasta costa noruega; los británicos no tardaron en retirarse abyectamente de los dispersos y diseminados lugares donde llegaron a desembarcar; fueron superados y vencidos por los alemanes en todos los terrenos. Churchill tuvo la culpa en buena parte. Fue su decisión de establecer una presencia británica a lo largo de la costa noruega lo que decidió a Hitler a invadir el país; y las instrucciones que Churchill impartió a la flota británica fueron a menudo erróneas.

Además, la derrota en Noruega acarrió la caída del gobierno de Chamberlain. Se produjo en la Cámara de los Comunes un acalorado y confuso debate instigado por la creciente sensación de que Chamberlain no era la persona adecuada para conducir Gran Bretaña durante el conflicto. El síntoma evidente se produjo cuando varias docenas de miembros de su Partido Conservador lo abandonaron. Churchill permaneció a su lado, con lealtad sin reservas, aun intuyendo que su propia hora podía haber sonado. El 9 de mayo Chamberlain llegó a la conclusión de que

debía dimitir. Tendría que formarse un gobierno de unión nacional que incluyese a ministros del Partido Laborista. Su favorito para sucederle era Halifax. Muchos de los conservadores preferían a Halifax. El rey prefería a Halifax. Aún era considerable la desconfianza (aunque sólo latente por el momento) hacia Churchill. Pero Halifax planteó ciertos reparos, tal vez por tres razones. Era miembro de la Cámara de los Lores, lo que presentaba un problema constitucional, aunque un problema que podía solventarse. Podía o no ser aceptado por los conservadores, aunque eso tampoco era seguro. Lo que resolvió el entuerto para él fue pensar que, en un gabinete Halifax, Churchill, el guerrero, hubiese resultado inmanejable. A últimas horas de la tarde del 10 de mayo, Churchill fue a Buckingham Palace, y volvió convertido en Primer Ministro.

Ocho años más tarde, escribió refiriéndose a ese momento “fui consciente de una profunda sensación de alivio”: “al fin me encontré con autoridad para manejar la escena”.<sup>10</sup> Ahora bien: ¿no le había dicho al inspector Thompson, “espero que no sea demasiado tarde”? Negros augurios envolvían al jinete.

Por muchas razones. Se produjo una fatal coincidencia ese histórico día. “Las coincidencias son juegos de palabras espirituales” (Chesterton). El 10 de mayo de 1940 el juego de palabras fue más que espiritual. A primeras horas de esa mañana se inició la invasión alemana de Europa occidental. Hitler, que no sólo la había planeado sino que había diseñado sus pautas principales –una vez más sería subvalorado, esta vez como estratega y líder militar–, se encontraba en sus cuarteles generales cerca de la frontera belgo-alemana, siguiendo el progreso de las operaciones. Esta tormenta de mayo no tiene nada que ver con el ascenso de Churchill a la condición de Primer Ministro; era algo que prácticamente se había decidido el día anterior. Tampoco

hay pruebas de que las noticias relativas al nombramiento de Churchill afectasen seriamente a Hitler, cuando le informaron de ello a últimas horas del día. Sentía un desprecio por Churchill basado en la insistente hostilidad que le había mostrado siempre, y en lo que sabía sobre su carácter y hábitos personales; subvaloraba a Churchill; erronéamente, a tenor de lo que ocurrió después, pero eso sólo resultaría evidente muchos meses más tarde. Pensaba que Churchill no duraría mucho, que la beligerancia e instinto guerrero de Churchill no era algo compartido por la mayoría de quienes ocupaban cargos de responsabilidad en Gran Bretaña.

Una vez más, Hitler no estaba del todo equivocado. Cuando Churchill apareció en la Cámara de los Comunes tres días después de su nombramiento, fue saludado con poco o ningún entusiasmo por el Partido Conservador, muchos de cuyos miembros parecían atravesar ahora una especie de resaca emocional, vagamente avergonzados de la explosión pasional que había acompañado al derrocamiento de Chamberlain. Lord Davidson escribió a Stanley Baldwin: “Los conservadores no confían en Winston... Cuando concluya el primer ardor guerrero, es muy posible que surja un gobierno más capaz”.<sup>11</sup> Churchill sabía hasta qué punto dependía del Partido Conservador y de Chamberlain. Sus tratos con Chamberlain son una mezcla de prudencia y magnanimidad. (“estoy en sus manos”, le escribió a Chamberlain.) Introdujo algunas caras nuevas en su gabinete, pero la composición no varió drásticamente. Todo esto es conocido por los historiadores, y volveremos a encontrar pruebas de desconfianza hacia Churchill. Cuando el 13 de mayo pronunció su famoso discurso “sangre, sudor y lágrimas”, tan impresionante leído hoy y tan honesto desde el punto de vista emotivo, no muchos de los conservadores representados en la Cámara lo acogieron con agrado.

Pero es el imponente, dramático y terrible flujo de los acontecimientos lo que debemos considerar ahora: el hecho de que la primera quincena de Churchill como Primer Ministro fue un tiempo de devastadoras catástrofes. Catástrofes para Gran Bretaña y para Churchill, triunfos para Alemania y para Hitler. Aquí estaba la prueba de un nuevo modelo de ejército alemán, construido con un férreo sentido de autoconfianza nacional, dirigido por un nuevo tipo de generales, equipado con nuevas estrategias y con una nueva armazón para un nuevo tipo de guerra. Tres días después de iniciar la ofensiva, los alemanes habían roto las defensas francesas en Sedan. Holanda capituló. Bruselas fue abandonada. En diez días los alemanes alcanzaron el Canal de la Mancha, al que ni siquiera habían conseguido acercarse en el curso de la Primera Guerra Mundial. Los ejércitos franceses y británicos estaban atrapados en Flandes y en Bélgica. En muchos frentes los franceses declinaron por completo el combate. Churchill voló dos veces a París para mostrar su apoyo a los líderes franceses, pero sin éxito. Algunos dirigentes políticos y militares empezaban a considerar la necesidad de un armisticio con los alemanes, con la intermediación de Mussolini. Éste se limitó a declarar que Italia no tardaría en entrar en guerra del lado de Hitler. Los planes para una contraofensiva franco-británica, encaminada a detener el avance de la serpiente acorazada alemana,<sup>12</sup> no llegaron a prosperar. Los británicos, y Churchill entre ellos, se vieron obligados a considerar la retirada del Cuerpo Expedicionario Británico a través del Canal, si es que eso era posible. Tropas británicas y francesas fueron obligadas a retroceder hasta Boulogne y Calais, cercadas en ese momento por los alemanes. Y si los franceses combatieron mal, o no combatieron en absoluto, los británicos y los belgas no lucharon mucho mejor (salvo, quizá, en el aire, pero sin que sus intentos de bombardear importantes

cabezas de puente llegasen a prosperar). Sobre el terreno, y salvo una fallida ofensiva en Arras, el Cuerpo Expedicionario Británico no había librado ninguna batalla real contra los alemanes; su retirada era más ordenada que la de los franceses, pero no dejaba de ser eso: retirada tras retirada.

Los alemanes parecían invencibles, y el mundo estaba asombrado. También lo estaba Hitler, quien apenas daba crédito a su suerte. Por una vez, se mostró más prudente que muchos de sus generales. Por una vez vaciló un poco en su autoconfianza, que era su mayor baza y que, a lo largo de su carrera, se basó en un reconocimiento salvaje, instintivo, feral, de las debilidades de su enemigo. Estaba nervioso y preocupado. No era capaz de asimilar plenamente lo que podían llegar a conseguir sus tropas alemanas. En los días de mayor avance de su ejército —el decimoséptimo y el decimoctavo de la ofensiva— no dejó de prevenir a sus generales sobre los peligros de una contraofensiva franco-británica que nunca llegó a producirse. Otro problema, tal vez más importante, ocupaba sus pensamientos. Hitler pensaba que los británicos comprenderían pronto la inutilidad de enfrentarse a él. Pensaba que los días de Churchill como Primer Ministro estaban contados, que los británicos no tardarían en retirarle el apoyo y responder a la oferta de paz que él les formulara. El 21 de mayo le comunicó al general Franz Halder: “Intentaremos encontrar un acuerdo con Inglaterra sobre la base de una división de nuestro poder en el mundo”. Los ingleses acabarían por ver la luz, más tarde o más temprano. Él, Hitler, era el Neptuno de un nuevo mundo que representaba el Presente, y quizá el Futuro. Churchill era el naufrago en la orilla de un Pasado aniquilado e inútil. Hitler pensaba también que contaba con la fe y la confianza de la gran mayoría de los alemanes, y que era mucho menor el apoyo que Churchill podía esperar de los ingleses. ¿Estaba totalmente

equivocado? Sí y no. No, porque así es como *parecía* que estaban las cosas, y aunque a la larga lo que realmente ocurre puede no ser lo mismo que lo que la gente cree que ocurre, a corto plazo ambas cosas son inseparables. Sí, porque la mayoría de los británicos se negaba a reconocer lo cerca que estaba Hitler de obtener la victoria final, y lo cerca que estaban ellos de la derrota total. Pero su espíritu marcial no era inquebrantable, y no formaban –aún– una piña alrededor de Churchill.



En un comunicado secreto al Gabinete de Guerra, Robert Boothby (un parlamentario conservador y leal a Churchill) escribió el 20 de mayo que los alemanes de Hitler representaban “la increíble materialización de un *movimiento* –joven, viril, dinámico, violento– que está avanzando irresistiblemente para derribar un viejo y decadente orden mundial; eso es algo que debemos tener siempre presente, pues constituye la fuente principal de la energía y del poder nazi”.<sup>13</sup> Justo el día que estalló la guerra real en Occidente, Chamberlain anotó en su diario que Joseph Kennedy (el derrotista embajador norteamericano) le había expresado sus dudas sobre la posibilidad de que Gran Bretaña pudiese seguir adelante sin el apoyo de Francia: “le respondí que yo albergaba las mismas dudas”.<sup>14</sup> El 15 de mayo el vicegeneral Henry Pownall escribió en su diario, sopesando la suerte de los franceses en el Mosa y en Sedan: “Tres divisiones batiéndose en retirada ante la determinación mostrada por un comandante de batallón alemán”.<sup>15</sup> El 17 de mayo, el ministro de Información sugirió al Gabinete de Guerra que “convendría esforzarse más para informar al pueblo sobre la gravedad de la situación, que la mayoría ignora por completo”.<sup>16</sup> El 14-15 de mayo, un cuar-

to de millón de personas hacían cola ante las comisarías locales de policía para enrolarse como voluntarios en lo que pronto se conocería como la “Home Guard”. Pero el 17 de mayo, el fotógrafo de sociedad Cecil Beaton, en viaje a América, escribía en su diario, “mi propia valentía estaba disminuida, y cada persona con la que uno hablaba era más deprimente que la anterior... Una sensación de pánico empezaba a apoderarse de las clases altas”.<sup>17</sup> El general Sir Edmund Ironside, responsable máximo del funcionariado imperial, anota en su diario de ese mismo día: “Por el momento, todo parece presagiar el mayor desastre militar de la historia”.<sup>18</sup>

El día dieciocho, Sir Samuel Hoare escribía en su diario: “Neville noqueado. Todo acabado. Estados Unidos descartado. Nunca podríamos retirar nuestro ejército, y aunque lo consiguiésemos, perderíamos todo el equipo”.<sup>19</sup> (Y ello incluso antes de que los alemanes alcanzasen el Canal.)

Ese mismo día, Churchill indicaba por vez primera, en las últimas líneas de un mensaje al general Ismay, la posibilidad de una rendición francesa: “Los jefes de departamento deben considerar si no sería bueno enviar sólo la mitad de lo que llamamos la División Acorazada a Francia. Debemos tener siempre presente la posibilidad de que se le ofrezcan a Francia condiciones de paz muy ventajosas, de manera que todo el peso recaiga en nosotros”.<sup>20</sup> El 19 de mayo, al volver del gabinete y mientras subía por las “horrendas escaleras de la Oficina de Guerra, en dirección a su despacho, el general Ironside le dijo a Anthony Eden: ‘Este es el final del Imperio Británico’. Pronunció esas palabras sin énfasis, como una mera constatación militar de los hechos. No creía que pudiéramos resistir solos más de dos semanas”.<sup>21</sup>

El 19 de mayo, Oliver Harvey escribió en su diario: “Derrotismo en Londres entre las clases más adineradas”.<sup>22</sup> Ese mismo

día, en el diario de Chamberlain: “El escenario... se oscurece cada día”. Un día después: “nada que pueda aliviar la ansiedad”. El vigésimo primer día: la situación es “desesperada”. El vigésimo tercer día: “otra jornada aciaga”. Los franceses “no han hecho nada”, sus generales “no merecen ni el desprecio”, y sus soldados, “salvo excepciones..., no es que no luchen, es que casi ni marchan”.<sup>23</sup>

En la noche del veintiuno, el nuevo secretario de Churchill, John Colville, escribe: “Cené en el apartamento de Betty Montagu... e intenté, sin éxito, no hablar de la guerra... Está claro que la gente empieza a ver claramente el horror de la situación”.<sup>24</sup> El 22 de mayo, Charles Waterhouse, parlamentario conservador, nada amigo de Churchill, escribía en su diario: “en muchas partes, la actitud de que ‘todo está perdido’”.<sup>25</sup>

“En muchas partes” puede resultar demasiado vago y –quizá– exagerado. “Todo está perdido”: *esa* forma de derrotismo no era aparente, al menos no entre el común de la gente. Recuérdese también que por estos días (del veintiuno al veinticuatro, de martes a viernes) tanto la prensa como el gobierno esperaban la contraofensiva franco-británica en Arras-Amiens contra el Bulge (una expectativa generada también a partir de falsas noticias); fueron los días en que se dieron a conocer los cambios entre la alta oficialidad francesa, la destitución del general Maurice Gamelin y su sustitución por el general Maxime Weygand, en quien se habían depositado grandes esperanzas; en que Boulogne, Calais y Dunquerque se hallaban aún en manos aliadas, rebosantes las dos primeras de unidades destacadas por barco desde Inglaterra. Sin embargo empezaban a aparecer fisuras en la moral, y la incompetencia de la Oficina de Guerra empezaba a resultar fatalmente evidente. Los alemanes iniciaron el asedio a Boulogne el día veintidós. El armamento consignado por la Oficina de Guerra,

embarcado en su mayor parte en un gran navío, el *City of Christchurch*, fue embalado con premura y en muchos casos presentaba defectos de funcionamiento. “A las nueve, el personal del barco y los estibadores se negaron a continuar la descarga debido a la visita de la Luftwaffe”. Un oficial se vio obligado incluso “a poner a ciertos tripulantes bajo vigilancia”.<sup>26</sup> Mientras tanto, dos unidades británicas de élite, el primer batallón de los Queen Victoria Rifles y la Rifle Brigade (los “Chaquetas verdes”) eran embarcadas hacia Calais el día veintidós y el día veintitres, a las órdenes del brigadier Claude Nicholson, un valiente oficial que moriría más tarde prisionero de los alemanes. Como escribiría Airey Neave (un churchilliano): “dígase lo que se diga sobre el valor último en la decisión de Churchill de defender Calais ‘hasta la muerte’, la manera precipitada de enviar estos regimientos fue vergonzosa... su historia combina íntimamente elementos de tragedia y de melodrama... Las órdenes que recibieron eran depresivamente ambiguas, y no tenían ni idea de lo que les esperaba al llegar a Calais”. También allí, el 23 de mayo, los estibadores se negaron a trabajar cuando empezaron a caer las primeras bombas alemanas; un oficial de la Rifle Brigade tuvo que encargarse de localizarlos y sacarlos de “diversos escondrijos y madrigueras”.<sup>27</sup>

Durante estos días cruciales, la conducta de la alta comandancia londinense rayó en lo increíble, marcada como estuvo por la lasitud, la ineptitud y la confusión.

